

MÁS ARQUITECTURA



Frank Lloyd Wright fotografiado en 1947 delante de uno de sus proyectos. Abajo, la cúpula del Guggenheim Nueva York.

A la pregunta de por qué prefirió diseñar para el Guggenheim de Nueva York una rampa en lugar de las escaleras convencionales, Frank Lloyd Wright (1867-1959), el arquitecto que revolucionó las formas del siglo XX, respondió que para el visitante era más agradable entrar en el edificio, subir en ascensor hasta el nivel superior de la rampa e ir descendiendo poco a poco por ella alrededor de un patio abierto. Con este proyecto, inaugurado hace ahora cincuenta años, Lloyd Wright, al que Taschen dedica una monumental monografía que recoge su obra completa, creaba uno de los grandes iconos de Nueva York y uno de los símbolos más notables del arte contemporáneo, sólo comparable a otro edificio de la galaxia Guggenheim, el levantado en Bilbao por Frank Gehry en 1997. Este edificio, revestido de una deslumbrante piel de titanio, es la sede de la exposición retrospectiva dedicada al autor de la *Casa de la Cascada*. Para este arquitecto, autor de algunas de las residencias privadas más singulares del mundo, la forma y la función eran inseparables, como se observa a través de las maquetas, dibujos, libros y animaciones reunidos en la ciudad vasca en la mayor exposición dedicada a él en Europa. La arquitectura está definitivamente de moda. Las muestras sobre el trabajo de los arquitectos más mediáticos –Lloyd Wright, Foster, Rogers, Nouvel, Calatrava...– se han hecho un importante hueco en la programación de los museos, salas de exposiciones y galerías de todo el mundo. Muchas de sus propuestas, sin embargo, difícilmente se materializarán. La crisis económica ha frenado en seco los grandes proyectos arquitectónicos. Muchos de ellos, como ocurrió con algunos del mismo Lloyd Wright, nunca alcanzarán la tercera dimensión.

Octubre es el mes de las grandes inauguraciones. Tras el masivo éxito de la exposición de Sorolla en el Museo del Prado, la pinacoteca apuesta por un perfil menos popular, el de Juan Bautista Maíno (1581-1649), un pintor de densa pincelada y colorista belleza al que no se le había prestado hasta la fecha, incomprensiblemente, la atención necesaria. La Fundación March, por su parte, apuesta para abrir la temporada con la obra sobre papel de un valor seguro: Caspar David Friedrich (1774-1840). El pintor



romántico alemán vuelve a Madrid diecisiete años después de que el Prado le abriera sus puertas. Hay ciertos reencuentros que siempre hay que celebrar. Volver de nuevo a la Florencia de Miguel Ángel, el París de Manet, la Roma de Rafael, el Ámsterdam de Rembrandt, el Londres de Van Dyck y la Sevilla de Velázquez a través de las guías y DVD que encontrarán a partir de este mes junto a la revista también es un buen motivo de satisfacción. 

RAFAEL SIERRA, director